

De la Psicología al Psicoanálisis en la UCAB: Dos testimonios, una voz

Kaira Vanessa Gámez

Licenciada en Psicología (Universidad Católica Andrés Bello). Magíster Scientiarum en Filosofía y Ciencias Humanas (Universidad Central de Venezuela). Diplomada en Estudios Avanzados en Investigación Histórica (UCAB). Diplomada en Docencia orientada al desarrollo de competencias (UCAB). Cursante del 3° año Programa de Estudios Avanzados en Psicoanálisis (Nueva Escuela Lacaniana, sede Caracas). Profesora-investigadora de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello en las cátedras: Historia y Fundamentos Filosóficos de la Psicología y Teorías y Sistemas en Psicología (Jefe de cátedra). Coordinadora Académica de la Escuela de Psicología de la UCAB.

Hace poco menos de un mes, en una conversación telefónica, Gustavo Zapata me informaba, no sin cierto pesar, que aunque la invitación a ofrecernos su testimonio histórico como estudiante y egresado de esta escuela le entusiasmaba profundamente, un compromiso de trabajo previamente adquirido le impediría estar hoy aquí, en persona, con nosotros. Con su tono sereno y sosegado, me insistió en la importancia de conservar este espacio aun cuando él no pudiera estar presente y finalmente, me sugirió considerar la posibilidad de ocuparlo yo misma, como miembro de las nuevas generaciones de psicólogos ucabistas que ha decidido adentrarse en la Escuela lacaniana.

Esta pequeña invitación que me hacía el invitado me interpretó. Mi reacción inicial fue de desconcierto y negación. Pero era yo la organizadora de unas Jornadas históricas en las que no por casualidad había tenido el más especial de los cuidados por incluir una mesa denominada ‘Psicoanálisis’ aun cuando importantes y respetados profesores me habían advertido que contábamos ya con una mesa de ‘Psicología Clínica’. Debía admitir –aceptaba– que dispuse tal espacio animada por la intención de tratar el hondo abismo que separa al psicoanálisis de la psicología, y que en mi estrategia le cedía la palabra a quienes, por haberlo conocido, pueden dar vívido testimonio de él. Pero insistía aún una inquietud. Era el momento de hacerme cargo de este acto mediante el cual, además, invité a una escritora y psicoanalista egresada de esta escuela, cuyo arte literario, sensiblemente enlazado a cierto tratamiento de la historia, me ha impactado de forma irrefutable. Había convocado a la Historia y al Psicoanálisis a un espacio común que comenzaba a reconocer atravesado por lo que, con Lacan, he aprendido a llamar ‘la instancia de la letra’; era mi deseo de escuchar un diálogo entre ambos discursos lo que los traía hoy a este auditorio. Fue así como una semana más tarde tomé la decisión de hacerle una nueva oferta a Gustavo: ¿por qué no prestarle mi voz a sus palabras para que estas pudieran llegar a la audiencia, al tiempo que asumía yo la posibilidad de ser soporte del espacio que tanto deseaba hacer existir? Sólo después supe que ocupar ese lugar implicaría poner el cuerpo en la escena que había imaginado sin mí y, en consecuencia, trabajar en mi propia causa.

La respuesta afirmativa del invitado se convirtió para mí en oportunidad de elaboración. Es en estas líneas que hoy comparto con ustedes donde he logrado ver que mi primer encuentro con el psicoanálisis no fue sino un encuentro con la historia, y este a su vez, la apertura de un nuevo modo de hacer con el lenguaje. Dos caras de una misma moneda que hallé en esta Escuela y, para ser precisa, en las palabras de mi querida profesora Marín Abaján, psicoanalista y Jefe de la cátedra Historia de la Psicología hasta hace muy poco, quien hace 6 años, cuando cursaba yo el 4to año de la carrera, tocó mi destino con esa particularísima orientación suya hacia lo real que no le daba tregua al determinismo. Su marca fue el sosiego literario que había dejado de buscar en mi mundo, teñido por el cientificismo ensordecedor de la que sería mi profesión. Una vez culminado mi camino en pregrado, la intriga por las

peripecias del ser y el fantasmático deseo de alcanzar La Verdad sobre el centro oscuro del alma, me condujeron –no sin equívocos– a las puertas de la escuela de Filosofía de la UCV y de la Escuela lacaniana, simultáneamente. Hubo allí un punto de quiebre. Mi encuentro con el psicoanálisis –fundamentalmente como analizante– con la filosofía y con la libertaria apertura a la belleza que entraña la Universidad Central de Venezuela, trajo a mis manos la escritura y su valoración como posibilidad de vida. No sabía entonces que la docencia vendría con ella, y menos aún que –desde allí– volvería un día a mi alma mater. Fue entonces cuando la profesora Ana Gabriela Pérez, Directora actual de nuestra Escuela, me detuvo en uno de los jardines de esta universidad para invitarme a formar parte de su proyecto. Humanizar a la escuela de Psicología y convertirla en un verdadero recinto para el cultivo del pensamiento crítico era su meta. Con la calidez y sensibilidad que la caracterizan, me consideró capaz de acompañarla en esa tarea y me ofreció hospedaje en su casa, la de los psicólogos; su gesto me recibió como emigrante en el sitio del que partí, y no sólo acogió mi marcas singulares, sino que me invitó a transmitir desde ellas una enseñanza significativa para los nuevos sujetos que ocupaban el lugar que hasta hace muy poco yo había ocupado. Una generosidad sin parangón y, en el futuro, un inesperado reencuentro con la profesora Marín, quien me invitaría a convertirme en la nueva profesora de teoría de una materia a la que ella, tocada como estaba por el psicoanálisis, le había dado un nuevo aliento: Historia y fundamentos filosóficos de la Psicología. Había llegado a un lugar sorprendentemente acogedor.

Desde entonces, la Universidad, quienes la hacen, me han dado la oportunidad de tejer en y con el tiempo los hilos del devenir psicológico situando en su trasfondo el acto singular de sus protagonistas, pero sobre todo, sus voces. Quizá no sea otra cosa lo que he procurado también al organizar este evento. Es el trabajo que he elegido o que me eligió cuando decidí ser docente de historia de la psicología. De la filosofía me acompaña el asombro que –en primera persona– hace tambalear un poco las verdades y que –en acto– sostiene el deseo de buscarlas siempre. Del psicoanálisis, no sé si me acompaña más que la perplejidad del analizante. No me atrevería a arrogarme con ello la clave de la enseñanza histórica, sin duda muchas otras maneras de impartir historia rendirán más y quizá mejores frutos, pero confieso que encuentro un valor singular en este modo que hoy reconozco signado por el discurso psicoanalítico.

Y es que si hay una fuerza a la que la historia puede servir, toda vez, es a la del olvido. No imagino una instancia más propicia para la borradura del propio lugar y de la contingencia que la historia misma, pero tampoco imagino una ocasión más oportuna que la que ella ofrece para intentar leer la carta que hemos sido, en nuestra historia, en la del otro. Contrarrestar el descuido de los detalles que habitan a la zaga de los grandes relatos quizá sea la función esencial de la historia. Por mi parte, no consigo que la psicología sea una experiencia abordable sino históricamente, y en ello no se juega más que mi propio lazo –y sus vicisitudes– con la empresa interminable que es el encuentro de lo de uno con el otro. Hoy sé que la historia y el psicoanálisis se han enlazado en mi vida de un modo que quizá nunca deje de intentar descifrar, pero cuyo común e irreductible señalamiento de una ausencia –la del pasado– no cesa de devolverme su límite y la oportunidad de hacer algo grato y nuevo con él. La marca de ‘lo que ya no es’ se ha convertido en el surco desde el cual yo, que nada puedo frente a lo fugaz, trabajo hoy en la Escuela de Psicología de la UCAB haciendo semblanzas históricas. Y es que, efectivamente, la historia no permite proezas imposibles en torno a lo inenarrable, pero ni el cielo, ni el sol, ni los semblantes mienten sobre lo real.

Acaso con esta mesa trataba yo de localizar mi propio tránsito, el que vendría, el que de alguna manera sabía que ya había ocurrido, el que estaba pre-escrito. Cumplida mi determinación de no ceder en el deseo de elaborar, ante ustedes, algo respecto de ese recorrido que me ha conducido de la psicología al psicoanálisis, procedo, pues, a entonar las palabras que gentilmente nos ha enviado hoy Gustavo Zapata, psicólogo ucabista y psicoanalista miembro de la Nueva Escuela Lacaniana de Caracas.